

Próximo número:

La deliciosa novelita

EL LIRIO DORADO

Gran asunto.

Interpretación de la
eminente artista

Mae Murray

Postal-fotografía-regalo:
Vivian Martin

Numerosas ilustraciones fotográficas.

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale los miércoles En toda España

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 144

50 cts.



ESCLAVO
DEL DESEO

por Carmel Myers,
George Walsh y Bessie Love

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Redacción

Administración

Via Layetana, 12

Teléfono, 4423 A

BARCELONA

AÑO IV

N.º 144

ESCLAVO DEL DESEO

Dramatización de la inmortal obra de Honoré
de Balzac, titulada "La Peau de Chagrin"

Protagonistas de la película:

CARMEL MYERS, BESSIE LOVE
y GEORGE WALSH

Distribuída por

Goldwyn Cosmopolitan Corporation

Rambía de Cataluña, 122

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RICHARD DIX

Esclavo del deseo

Argumento de la película de dicho título

¡Balzac!... ¡Cuán profundo fué su conocimiento del corazón humano y qué vividamente supo expresarlo en sus obras! Todo cambia con las modas; pero ellas, con las emociones que retratan—la ternura, el deseo, la pasión—, siguen siendo las mismas.

La vida es expresión del pensamiento; y escrito está que por cada condescendencia que tengamos para con las inclinaciones egoístas de la carne ha de sufrir nuestra alma un castigo.

Llueve. El elemento fustiga los cristales de la ventana de una bohardilla de una casa muy modesta. El repiqueteo isócrono y seguido del agua desencadenada de los elevados dominios zumba en los oídos del artista que se consume en la fiebre de la creación en el triste apocento.

París, envuelto en su típica niebla, vive su tradicional existencia.

Rafael Valentín es el inquilino del alto retiro.

Había sido rico, hijo de casa rica, pero ahora no lo era. Todo terminó para él a la muerte de su padre. Y al liquidarse la sucesión de éste, no le quedó a Rafael más que dos cosas: un título de Marqués, y, para ostentarlo con dignidad, una arraigada afición a la literatura.

Ya de su natural romántico, la recogida vida a que le redujeron los azares del mundo, y los apuros en que siempre se veía para cumplir su deber con la patrona, fueron dos motivos más para inclinarle decididamente del lado de la poesía.

Muchos eran ya los versos que Rafael había escrito; mas no llevaba ninguno publicado. Es muy difícil en París abrirse paso en el glorioso camino de las letras.

Sin embargo, sin desalentarse proseguía en



Rafael Valentín es el inquilino del alto retiro.

(George Walsh.)

el sendero que se trazara al quedar solo y a merced de sí mismo.

Porque en sus composiciones poéticas Rafael encontraba el consuelo que lo alentaba en su ruda empresa.

Pero llegó fecha en que, víctima de fuerte depresión moral ocasionada por sus insistentes fracasos, trocóse en semianacoreta, consagrándose a producir una nueva serie de versos que titulaba *Cantos del alma*. Era tanta su preocupación y su violencia con su parte material, que llegó a olvidarse de lo más indispensable a su cuerpo. Aquel era un caso en el que el amor propio estaba en juego, de vida o muerte de la ilusión—razón de vivir de un artista.

Afortunadamente, Rafael, aunque se imaginara lo contrario, no estaba completamente solo. Interiormente, sí, pues es imposible penetrar en el ánimo del prójimo si éste no se muestra propicio a ello. No obstante, en su exterior por Rafael velaba un ángel.

Mujer y ángel es lo mismo, dejando a una parte el caso de las femeninas criaturas que pierden—en la condenación—el derecho a uno y otro nombre nimbado de santidad.

Paulina Gaudin era su nombre. Su juvenil hermosura integrada por la bondad más exquisita y el candor más puro, todo ello resumido en su carita de virgen, no pasó inadvertida por Rafael; pero no le distrajo jamás un momento de seria atención. Al fin y al cabo



Paulina Gaudin era su nombre.

(Bessie Love.)

era una chiquilla. ¿Qué más podía él ver en ella que una insignificante muchachita?

Cierto que Paulina era joven, aunque no tanto como lo suponía Rafael. A los dieciocho años una mujer es una flor pronta a ser prendida en el corazón del hombre. Es el magnífico período de la adolescencia, que ofrece encantos desconocidos, sensaciones de inefable ternura, y esos gestos y actos de niña mimada que tanta influencia ejercen en la conducta de los que gozan de la exclusiva de tales encantos humanos.

Y Paulina, que estaba enamorada en toda la acepción de la palabra de Rafael, tejía en torno a él la corona de rosas de su adoración.

Paulina era hija de la patrona de Rafael, mujer en el otoño de su vida, ejemplo de honradez, que se veía obligada, desde que hacía años desapareció su esposo en un naufragio, a ganar, con su trabajo, su sustento y el de su hija.

Paulina, sin hacer caso de la conducta que a la sazón observaba Rafael, entró en la buharda con una bandeja en la que estaba dispuesta una comida completa. Además, en dicho plato reposaba una carta para el literato.

La aparición de Paulina en el sotabanco pilló a Rafael en un momento de exasperación por la desagradable impresión que le produjo la lectura de sus últimos sonetos.

Paulina siguió adelante con la bandeja, y al ser sorprendido en tan ingrato instante de

desprecio a sí mismo por no crear en consonancia con su ambición, la recibió con destemplanza.

—¿Por qué trae usted eso? ¿Por qué?

—¿No lo necesita usted, Rafael?... Yo creí...

—¡Yo no he pedido nada! ¿De dónde saca usted que "necesito" lo que usted me trae?

—Como ni ayer ni hoy ha salido usted a comer... y en vista de que el tiempo está tan malo hoy también...

—¡No quiero nada! Hágame el favor de llevárselo todo.

—Cómaselo, Rafael... No está nada bien que trabaje sin alimentarse...

—¡He dicho que no quiero nada! Lléveselo de una vez ¡caramba!

—No se enoje, Rafael... Ya me voy... ¿Ha visto usted esta carta?

El Marqués arruinado rasga el sobre del escrito a él dirigido, y lee:

*La Revista Universal
Publicación Quincenal
Calle de la Universidad, 15
París*

*Sr. don Rafael Valentín,
Ciudad.*

*Muy señor nuestro:
Deploramos tener que devolverle sus poesías, las cuales, a pesar de su mérito, nos es*

imposible publicar en nuestra revista, por no acomodarse a la índole de la misma.

Con sentimientos de consideración distinguida, quedamos de Vd. attos. y s. s. q. e. s. m.

La Revista Universal

V. de Champrose

Jefe de Redacción.

Paulina comprende—por la contracción de las líneas del rostro de Rafael—que la carta de que acaba de enterarse es portadora de malas noticias.

Tomando una determinación, tras breve y doloroso ensimismamiento, Rafael dice a la muchacha, que se ha resistido a marcharse:

—Paulina, hágame el favor de decirle a su mamá que me mudo hoy.

—¿Que se va de aquí?...

—Sí, que me marchó... ahora mismo...

—Pero, Rafael...

—Es preciso... Vaya, dígaselo a la patrona.

Paulina corrió a buscar a su madre en el piso de abajo. Salió del desván sin llevarse la bandeja con la comida, y Rafael, sin darse cuenta de que con ello contradecía sus palabras de antes, hizo mella en los manjares.

Paulina regresó a poco con su madre, y Rafael habló con la última de la siguiente manera:

—En vano he esperado que el acierto me ayudase. El éxito no quiere tratos conmigo. Como, por otra parte, mi tío, el duque de

Navarreins, se niega a prestarme su apoyo, he resuelto dejar esto. Soy un fracasado y no debo convertirme en una carga para usted.

Paulina miraba con sin igual ternura alternativamente a su madre y a Rafael. La patrona conocía—buena nota en una hija—el secreto de Paulina, y, conciliadora, contestó al poeta:

—Nosotras también somos pobres, señor Valentín. Debido a ello no puedo pagar buenos maestros para educar bien a mi hija. ¿Querría usted darle lecciones de piano?

—Es un medio para que me quede aquí, sugerido por su infinita bondad, que no me atrevo a aceptar, señora Gaudin...

—Le aseguro a usted que es una pregunta que tuve la intención de proponerle a los pocos días de venir a ocupar este cuarto. Sus lecciones serán a cambio del hospedaje.

—Acepte, Rafael... ¡Me gustaría tanto tocar el piano!

Pero como Rafael no se decidía, la señora Gaudin coneretó:

—¡Nada, nada, señor Valentín; no hablemos más de eso! Soy yo la que me siento agradecida. ¿Quién sabe si algún día veremos esta pobreza desde el seno de la prosperidad?

Esta última palabra grabóse en la mente de Rafael con afán de conseguir su significación.

La esperanza le dió alas y ya no tuvo más deseo que el de seguir en compañía de aque-

llas mujeres tan buenas, luchando por la conquista del ideal.

Paulina, impelida por el caballo blanco volador de la fantasía, besó a Rafael con toda su alma, desapareciendo de él y de su madre—a quienes el pueril arrebató hizo prorrumpir en francas risas—hacia la puerta de la escalera, pues alguien acababa de llamar en ella: Rastignac, amigo de Rafael.

Rastignac no era precisamente un caballero de industria, pero sí el más industrioso de cuantos caballeros viven sin oficio, beneficio ni renta conocidos.

Precedido de Paulina irrumpió Rastignac en la buhardilla.

—¿Qué cuenta hoy de bueno nuestro romántico poeta?—preguntó a Rafael, tras un saludo general.

El artista le tendió la carta que recibiera aquella mañana. Rastignac impúsose de sus términos.

—¡Bah! No hagas caso de esto. Procede del vizconde de Champrose. Es un perfecto imbécil. Le conozco. Pésimo escritor, tiene la pretensión de acreditarse como vate y ¡claro! no admite en su revista—por lo general—más versos que los suyos.

—¿A quién me aconsejarías tú que mandase los mejores—a mi juicio—que he escrito?

—Con franqueza, Rafael: de poco le sirve a un hombre tener talento si no sabe explotarlo. Tú debes empezar por frecuentar la al-

ta sociedad, para que el mundo conozca tu ingenio. ¿No ves lo que hago yo? Sin más recursos que mi elegancia y desparpajo, me abro camino por todas partes. ¿Qué sería si tuviese tus condiciones? Voy a darte unas lecciones en el arte, a la vez complicado y facilísimo, de la mundología. Supongo que tendrás ropa apropiada para presentarte en sociedad.

—Sí, la tengo; aunque, la verdad, no está muy presentable.

—¡Tanto mejor! ¡Así caracterizará más bien al genio!

—Gracias por el rápido encumbramiento.

—Sí, hombre: tú eres un genio; has de estar convencido de que lo eres. Sin *bluff* no pasarías nunca de la mediocridad. Fuera de ti mismo sé hipocritón; no es pecado. A la gente le gusta que sus ídolos no vivan en la obscuridad.

—A ti me entrego, filósofo.

—No te arrepentirás. Esta noche visitaremos a la condesa Fedora, una dama incomparable en cuyos salones se da cita el París selecto, y que hace y deshace reputaciones.

Paulina abrió extraordinariamente las orejas a partir de este momento.

—¿Y qué haré yo allí?—inquirió Rafael.

—Tienes que enamorar a la Condesa con toda la teatralidad del caso, fingiendo que pones tu corazón a sus plantas... pero procura no caer en la sutilísima red de sus encantos.



*...la condesa Fedora, una dama incomparable, en cuyos salones se da cita el Paris selecto...
(Carmel Myers)*

Paulina no pudo ahogar un grito de protesta.

—El engañar a una mujer con un amor falso es indigno de personas bien nacidas. ¡Si hace usted eso me parecerá tan odioso como Rastignac!—dijo a Rafael.

Rastignac miró atónito a la chiquilla. Suspicaz, dió en el clavo, y añadió:

—La hipocresía de Rafael no perjudicará lo más mínimo a esa mujer, y él puede salir muy ganancioso de su relación con ella y los amigos de ella. Conque, hasta la noche, Rafael. Es algo tarde y mis múltiples “ocupaciones” me reclaman en otra parte.

—Adiós.

Paulina salió también de la buhardilla, detrás de Rastignac y de su madre—que iba a abrirle la puerta de la calle—, pero quedó pensativa junto a la ventana del rellano.

Rafael fué hacia ella con cariño, y le dijo:

—Le agradezco mucho el afecto que usted me profesa, Paulina. ¡Qué buena y qué bonita es usted! Me trata como a un hermano y no sé cómo corresponder a sus atenciones... Cónstele que su compañía me es muy grata... y que yo también la aprecio mucho... ¿Por qué lo que dijo Rastignac la ha entristecido de esta suerte?

—Yo... yo quisiera que aquí, aunque pobre, fuera usted muy feliz...

—Piense, Paulinita, que los salones de esa señora pueden ser, para mí, la antesala de la

gloria. ¡Hoy no soy más que un escritor anónimo!

—¡No vaya usted, Rafael; se lo suplico! Sin poderle explicar por qué, esa señora me



El poeta rodeó con sus brazos el cuerpecito de Paulina...

inspira un horror espantoso.

Enmudecieron uno y otro. El poeta rodeó con sus brazos el cuerpecito de Paulina, y ella, poniéndole una de sus lindas manos en un

hombro y la otra en la espalda, se estrechó contra él, besándola Rafael en la frente, rumoreando:

—¡Qué dulce eres, niña...; qué dulce!...

*
* *

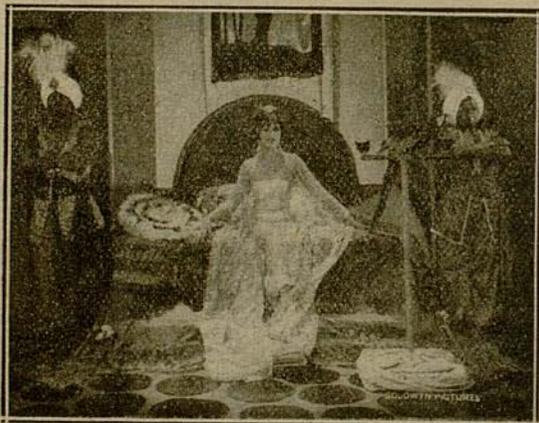
El salón de la condesa Fedora era un prodigio de buen gusto a lo oriental.

La bella mujer, vástago ruso injerto en París, ducha en el arte de enloquecer a los hombres, poseía la rara propiedad de ser de todos, sin pertenecer a nadie.

En su casa se reunía la sociedad preeminente de la cosmopolita ciudad, y el general Dauncourt, Ministro de la Guerra, y el viz-

conde de Champrose, jefe de redacción de la revista más leída de París, figuraban entre los que la diosa favorecía con una sonrisa.

Este último, entusiasmado de los seductores encantos de la Condesa, la halagaba a cada nueva visita con las más refinadas frases. Aquella noche la saludó así:



La bella mujer, vástago ruso injerto en París...

—Quisiera encontrar, señora, un poeta digno de cantar vuestra belleza, para proclamarlo una gloria de Francia.

—*Très gentil*—dijo ella.

Abriéndose paso entre la legión de admira-

dores de Fedora, llegó hasta ella Rastignac acompañado de Rafael.

—La luz deslumbrante de sus ojos y el poderoso imán de sus sonrisas nos trae a sus pies, adorable Condesa—pronunció Rastignac.

La codiciada mujer posó en sus labios la yema del índice de su diestra mientras Ras-



La codiciada mujer posó en sus labios la yema del índice de su diestra...

tignac estrechaba entre las suyas su mano izquierda, y le mandó por tal conducto un besito de gratitud—gesto delicadísimo que hizo dibujar en el coro de admiradores una sonrisa de deseo.

Rastignac no había terminado. Rafael esperaba, detrás suyo, que tuviera a bien disponer de él.

—Le presento a un poeta ante cuyo genio no tardará en inclinarse el mundo.

—Es un honor para mí recibir en mis salones a seres de su categoría—dijo la Condesa a Rafael, a la vez que éste besaba respetuosamente su mano.

Los demás invitados notaron la agradable impresión que había recibido la Condesa al ver a Rafael, y atónitos hicieron a éste blanco de sus miradas al oír cómo ella hablaba a Rastignac acerca del poeta:

—Es el único que no ha tratado de lisonjearme; debe ser un hombre original, y me gustaría leerles a mis invitados sus poemas.

—¡Oh, cuánto se lo agradecerá él, Condesa! Precisamente traje consigo, para someterlos a su depurado gusto, algunos de sus versos.

—Aquí están, señora... No valen la molestia que va usted a tomarse en hacerlos públicos ante sus distinguidos amigos.

—Es un capricho mío... Soy, señor poeta, una excéntrica... Señoras y caballeros, suplico a todos ustedes un poco de consideración para que esta torpe lectora de versos les dé a conocer, al mismo tiempo que ella, las primicias de unos madrigales de este simpático vate.

Rafael saludó, hondamente emocionado.

Los invitados guardaron el más respetuoso

silencio, contemplando, los hombres a la Condesa, y las damas al poeta.

Y sonó la dulce voz de la bella:

*¿Dónde será que, inesperadamente,
oiré su voz, y al estrechar su mano
un estremecimiento sobrehumano
dilatara mi corazón doliente?*

Los versos se filtraban en el pecho de los oyentes, y al finalizar, la Condesa, la lectura, entusiastas aplausos partieron de todos.

Fedora, satisfecha, felicitó a Rafael, y pronto la imitó la nube de sus admiradores, principalmente el vizconde de Champrose, quien, guardándose los versos, dijo a su autor:

—Es usted un coloso, amigo mío. Su poesía saldrá en el próximo número de mi revista, que dedicaré a la Condesa.

Rastignac, aparte, murmuró al noble:

—Sepa usted que esos versos son los que esta mañana devolvió al poeta, diciéndole que no podía publicarlos.

—¡Ah! No tuve tiempo de leerlos y...

—En fin, lo interesante *para usted* y para mi amigo, es que eso salga a la luz. Si usted lo apoya desde su revista, Rafael subirá, y la Condesa estará orgullosa de que de sus salo-

nes haya salido el poeta de moda. Desde luego, no poco sabrá ella agradecersele a usted.

Por su parte, la Condesa, convencida de haberse captado el apasionado corazón de Rafael, y de que él llegaría a la celebridad, le dedicó sus mejores sonrisas y miradas durante la velada, y al despedirse el poeta con Rastignac, ella le dijo:

—Le espero mañana, a las cuatro de la tarde.

Rafael inclinóse, embargado por tanta dicha, para besar la mano de la preciosa rusa afrancesada, mas ella, ocultándose con él tras las plumas de su original abanico, le besó en una mejilla.

Fué, el de la Condesa, un beso distinto del que, en la buhardilla, le diera Paulina al escritor. El de ésta fué puro, de verdadero amor; el de la aristócrata, un enigma, sed de nueva aventura, contagio de engaño..., beso fatal.

Entretanto, Paulina, en su casa, pensaba en Rafael, en su amado poeta, por quien suspiraba pletórica de ilusión.

Llegó la anhelada hora del día siguiente... y de muchos otros. Francia saludó en Rafael Valentín a uno de sus grandes poetas, y la condesa Fedora agregó un nuevo nombre a la lista de sus esclavos.

La fama había hecho escalar a Rafael cimas que él considerara siempre inaccesibles, y



...y la condesa Fedora agregó un nuevo nombre a la lista de sus esclavos.

con la fama vino el cambio de vida.

La buhardilla que fué nido de sus ansias de poeta, quedó rezagada al olvido.

Paulina, consumiéndose de pena, pugnaba por librarse de la tortura de los celos ante la

ausencia de Rafael, mas el recuerdo de las horas de esperanza pasadas junto a él, dejaba en su fondo sin mácula un dolor más amargo.

Así son los hombres. Cuando la bugía de la miseria arde con amenazas de muerte, los que a su luz se agitan, se encogen como si les estuviera vedado el desplegar las alas para ir en busca de nuevos horizontes. Y cuando la apurada lumbre, al reaccionar, irradia esplendente con luminarias de triunfo, se olvidan las horas amargas, los sinsabores de los engaños, arrastrando con todo ello hasta los puros afectos que velaron por que la pobre luz no se extinguiese del todo...

Así son los hombres. Los lejanos instantes de lágrimas de desfallecimiento no son más que pálidos puntos en el firmamento azul de la vanidad con la gloria en la mano.

—Yo te he conocido antes...—murmura la tierra al cedro secular que yergue su penacho predominante en el bosque.

—¡Cuánto debes pues admirar lo que he llegado a ser por mí mismo!

—Yo te he ayudado a subir... ¿no te acuerdas?

—¡Qué presunción! ¿Acaso pretendes que si yo no hubiese sabido repeler con mi robustez el furor de los elementos, me verías tú ahora tal como soy? Tú te limitaste a verme vencer... ¡No te debo nada!

Así son los hombres: como el cedro secular.

Así Rafael. Paulina, como la tierra al cedro, había sido para él la cariñosa fuerza que le empujó a no desmoronarse con sus visiones de triunfo cuando se creía abandonado hasta de sí mismo, de sus propias energías.

Mas toda falta tiene su castigo. A todo le llega su hora.

La de Rafael estaba a punto de sonar en el reloj de la justicia. Su error debía revelarse a la luz clara de la verdad. Estaba envenenado por la serpiente viciosa encarnada en una mujer sin escrúpulos que jugaba con el corazón de los hombres.

Empezó a rasgarse el velo de la ruindad de la Condesa, cierta tarde en que, como todos los días, fué Rafael a visitarla en su casa.

La encontró vestida de calle.

—Pero ¿no me tienes dicho, Fedora, que venga siempre a las cuatro?—preguntó él.

—Efectivamente; ¿y eso qué importa para que yo me vaya a casa de la modista? Si quieres acompañarme...

—Espera... Te he traído este *pendentif*.

—¡Qué lindo, Rafael!...

—Ya sé que no es un regalo digno de ti, pero es lo mejor que puedo ofrecerte.

Fedora aceptó el regalo, y al ponérselo Rafael en su cuello, la besó con delirio.

La Condesa, insensible a la pasión que había encendido en Rafael—*aquello* ya duraba demasiado—, se desasíó de sus brazos y entre en broma y en serio, le dijo:

—¡Domínate, Rafael, si no quieres obligarme a que te cierre las puertas de mi casa!

—¡Te quiero tanto, Fedora!—musitó él.

Salieron juntos, en automóvil.

En camino, Fedora, para verse libre de las súplicas que no cesaba de hacerle Rafael, y para no romper bruscamente—cara a cara—con él, fingió arrepentirse de haber estado demasiado severa con él hacía un momento.

—Perdóname... Me hiciste daño besándome de aquella manera. Quiero desagraviarte aceptando tu invitación para la Opera, el lunes.

Paulina, que vino a pasar por el *Boulevard* de los Capuchinos en el mismo momento en que el automóvil de Fedora con Rafael cruzaba dicho paseo, contuvo grandes deseos de llorar al verles juntos.

—¡Esa mujer me lo roba!—gimió la infeliz.

Rastignac, también de paso por la citada avenida, tendía la mano a Paulina para que ella le diera a estrechar la suya, pero la muchacha, “odiándole” por haber sido él la causa del “extravío” de Rafael, le volvió despreciativamente la espalda.

*
* *

El lunes por la noche.

Rafael, orgulloso del honor que le dispensaba la Condesa aceptando ir con él a la Opera, fué a buscarla a su casa, portador de un precioso ramo de flores.

Atravesó la cancela y llamó en la espléndida morada.

Un criado entreabrió la puerta y antes de que Rafael hablase le hizo partícipe de la orden de Fedora.

—La señora Condesa está indispuesta y no recibe.

—Eso no reza conmigo, porque la Condesa me aguarda.

—Lo siento, señor. La señora Condesa está acostada.

Descorazonado, Rafael se dispone a volver, triste y meditabundo, sobre sus pasos, cuando la trepidación del motor de un automóvil que se detenía ante la dorada mansión de la bella, le hizo apostarse detrás de un árbol de la calle, para ver quién era el visitante y si era recibido.

El que iba en el "auto" era el vizconde de Champrose. Iba de rigurosa etiqueta. Apenas llamó el *chauffeur* en la puerta de la casa, apareció, detrás de un criado, la Condesa, radiante de hermosura envuelta en la seda valiosa de una nueva "toilette".

Rafael se mordió los labios encendido de coraje.

¿Qué hacer? ¿Echarle en cara a Fedora su engaño? No; sería ridículo. Champrose se reiría de él... y Rafael no sabría tolerar su burla.

Lo más sabio era esperar que la Condesa regresase de la Opera—pues allí iba con el Vizconde—, y pedirle a solas una explicación.

Unas horas después, durante las cuales—nada más resignado como el amor que espera y tan paciente como los celos—Rafael paseó la calle, regresó Fedora a su casa, acompañada de Champrose.

Rafael se ocultó para introducirse en la casa tan pronto como el Vizconde se despidiese de la Condesa—que no le permitió entrar.

Fedora, aunque alarmada por el ademán acusador de Rafael, no permitió que su criado

lo echase por haber traspuesto la entrada sin autorización.

Y así, frente a frente, dialogaron la aventurera y el poeta.

—¿Soy acaso merecedor de tanto desprecio?

—¡Qué inocente eres, Rafael! ¿Cómo has podido tomar en serio lo que no es más que un poético coqueteo?... Los caprichos pasan. Y, además, ¿qué puedes tú ofrecerme?

—¡Pero, Fedora, yo te quiero con toda mi alma!

—Entendámonos: ¿me amas a mí o a la condesa Fedora? Acuérdate, Rafael, que tu nombre, ayer desconocido, es hoy, gracias a su influencia, gloriosamente popular. ¡Confórmatelo con eso!

—¡Oh, Fedora, no tienes alma!

—¡Basta, Rafael! De hoy en adelante, lo seguiré recibiendo a "usted" en mi casa; pero, a condición de que no pretenda ser más que uno de tantos admiradores.

—¡Eso nunca! ¡Desapareceré para siempre de tu vida, arrepentido de haberte conocido!

Y Rafael huyó maldiciendo entre dientes a aquella mujer que se reía del amor.

No pensó el desengañado en acudir a salvarse en los brazos de Paulina, que lo esperaba, sino en buscar lenitivo a su amargura en fiestas y en la vida de noche en los lugares de diversión.

Mas he aquí que un suceso inesperado, devolvió a Rafael a los brazos de la Condesa, a quien él seguía adorando, a pesar de su felonía.

Aconteció que, el duque de Navarreins, acaudalado tío de Rafael, visitó a su sobrino en París, reconciliándose con él, sugestionado por el renombre de que gozaba.

El Duque conoció a la Condesa y desde entonces aumentó el catálogo de los admiradores de la semidiosa aventurera.

Para tener bajo su dominio al tío y al sobrino, la Condesa concedió de nuevo—al segundo—el favor perdido... sin que Rafael pudiera adivinar la doblez de tal "arreglo".

Lo que buscaba Fedora era seducir al viejo rico, cosa que no tardó en ser una realidad.

El Duque, vencido por la peligrosa mundana, le ofrecía amor y riquezas.

De simples gestos, pasó el Duque, estimulado por la Condesa, a mayores atrevimientos, hasta obtener la seguridad de que la conquista era un hecho. Fedora se lo confirmó rotun-

damente ofreciéndole la tentación de sus labios arrugados para recibir y dar besos...

Rafael, al acecho frente a un espejo, volvióse a los culpables, objetándoles, indignado:

—No espere, Condesa, que el espejo le dé lo que usted no tiene: corazón. Ahora acaba de presentarse ante mis ojos en su verdadera



El Duque, vencido por la peligrosa mundana, le ofrecía amor y riquezas.

desnudez.

El Duque salió en defensa de la aventurera.

—¡Repórtate, Rafael!

—¡Imposible! ¡Esa mujer es una coqueta mercenaria que lanza al mercado sus sonrisas sujetas a cotización! A ella le gustan los ju-

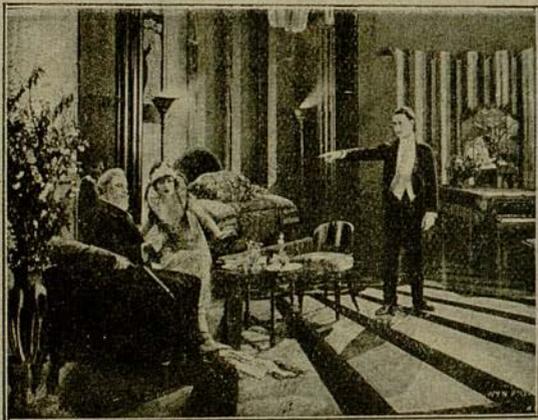


... mas ella, ocultándose con él tras las plumas de su original abanico, le besó en una mejilla.

guetes de mucho valor. Su especialidad son los asnos cargados de oro... ¿No es mi deber decirle a usted todo esto?

—¡Insolente! Ese atrevimiento va a costarte mi herencia.

—¡He dicho la verdad, y no quito ni una palabra!



—...Ahora acaba de presentarse ante mis ojos en su verdadera desnudez.

La Condesa apaciguó al excitado Duque, mientras Rafael huía de aquella casa repugnándole haber creído encontrar en ella la dicha.

Después del desagradable incidente que determinó la ruptura definitiva con su tío, Ra-

fael se fué a pasar la noche a una casa de juego, en la calle de San Honorato.

La suerte le fué ingrata. Algunos jugadores hacían sus posturas a los números contrarios a los que elegía el poeta, en virtud de que éste no acertaba uno solo. Y Rafael perdió hasta el último luis, en metálico y en cheques,

*
* *

El desengaño y la ruina hicieron pensar a Rafael en el suicidio. El espectro de la muerte lo llevó maquinalmente al puente del Sena.

Un pordiosero comprendió la "mala idea" del huérfano de amor y fortuna, y se le acercó para decirle:

—Malo está el tiempo para echarse de cabeza al río, ¿eh, señor?

—Déjeme en paz, buen hombre.

—Soy más pobre que una rata. ¿No me dará usted unos céntimos, señor?

—¿Una limosna? ¡A buen árbol se arrima usted; si yo estoy para que me socorran!

—Si va usted a suicidarse, podría darme ese dije. ¿Para qué lo quiere usted ya?

—Deje tranquilo ese recuerdo de familia.

—Perdone, señor... Mas dígame, si le place, si acierto en que, seguramente, una mujer es la causa de su desesperación. Sí, lo adivino. ¿Y usted cree que la mejor de ellas vale la vida de un hombre?

—¿Por qué lo dice usted?

—Yo también vine aquí una vez resuelto a ahogar mi tristeza en el Sena; pero resolví, al fin, conformarme con el olvido lleno de sueños que proporciona el ajenjo.

—Es usted, pobre amigo, un muerto en vida. Tome. Haga de mí dije lo que le dé la gana. Será un recuerdo de la vida de un muerto.

—¡No, señor; gracias! ¡Véndalo usted, y haga frente, sin miedo, a los veleidosos caprichos del destino!

Rafael, intrigado por el modo de hablar del pordiosero, diferió su loco intento de sustraerse a la garra de la vida, y encaminó sus pasos hacia la cercana tienda de un anticuario, en la que se habían ido amontonando mil recuer-

dos de pasadas épocas, mudos testigos de las ilusiones, los anhelos, las locuras, las tristezas y la fragilidad de los humanos.

—¿Cuánto pueden ustedes pagar por esto? —preguntó Rafael al empleado.

—¿Dónde consiguió usted este escarabajo sagrado, señor?

—Lo heredé de mi padre, a quien se lo regaló un árabe, en agradecimiento de haberle salvado la vida; procede del antiguo Egipto, y posee, según dicen, virtudes mágicas.

—Mi amo me tiene ordenado que le lleve todos los talismanes que el público traiga. ¿Quiere usted esperar un momento? Puede distraerse viendo las curiosidades que tenemos en la tienda.

Rafael paseó su vista por todos los rincones de la tienda en que muchos objetos evocaban los tiempos que fueron, y penetró, por un corredor oscuro, en un misterioso aposento.

A poco de estar en él, apareció un anciano de luenga y canosa barba.

Tras de filosofar brevemente acerca de la luz divina que ilumina a los humanos en trances de desesperación a través de los más invencibles obstáculos, el anticuario—pues era él—habló así al que hacía un momento, por milagro no se había arrojado al Sena.

—Si yo le comprase a usted esta curiosidad, la mesa de juego no tardaría en dar cuenta del dinero que le diese por ella; y volvería a sentirse arrastrado hacia el fatídico río... Po-

seo el don de rasgar el velo que encubre muchos secretos; así, por ejemplo sé que es usted víctima de una coqueta sin alma; que se considera un fracasado... y, sin embargo, este esca-



Rafael paseó su vista por todos los rincones de la tienda...

rabajo simbólico es llave que puede abrir a usted todas las puertas; convertir en realidad todos sus deseos... Es místico eslabón que enlaza al que lo posee con el talismán más ma-

ravilloso conocido hasta ahora: la piel de zapa, fabricada con la de un onagro, de la que será usted afortunado poseedor... Lea las virtudes que tiene esta piel y las condiciones que impone al que haga uso de ella.

Estupefacto de lo que oía, Rafael se inclinó hacia la piel y leyó:

Si me posees, lo poseerás todo; pero tu vida me pertenecerá: Dios lo ha querido así. Deséa; y todos tus deseos se verán cumplidos. Mas piensa que has de ajustar tus deseos a tu vida. Ella reside aquí. Por cada deseo logrado, disminuiré, y conmigo disminuirán tus días. ¿Me quieres? ¡Tómame! Dios te oirá. ¡Sea!

—¡Esto es increíble!—exclamó el poeta.

—Nada tan verdadero. Doce hombres poseyeron ya esa piel, a la que sus deseos fueron dejando reducida al tamaño que tiene actualmente. En ese libro está narrada la vida de cada uno de ellos: todos murieron víctimas de sus deseos. Será usted el décimotercero poseedor de la piel de zapa... Esta noche, la desesperación lo impulsaba al suicidio; de esta noche en adelante, amor, gloria, riquezas, todo será suyo, pero debe esperar lo inevitable.

—Está bien. ¿Qué me importa la vida? ¡Correré el riesgo! Mi primer deseo es hallarme esta misma noche en compañía de alegres amigos y mujeres hermosas, ante una mesa bien servida—dijo Rafael, aceptando la piel milagrosa.

—Sus deseos, como los de casi todos los

hombres, tienen por norte el egoísmo—reconoció el anciano.

—¿Y por qué no? ¿Qué es la vida sino una lucha de egoísmos en la que el más fuerte sale triunfante?—respondió el poeta.

—¡He ahí a Aquel que tuvo siempre cerradas al egoísmo las puertas de su corazón!—afirmó el anticuario mostrándole un óleo representando al Cristo que se sacrificó por los hombres.

Rafael no soltó la piel. Quería probar. El anciano prosiguió, para terminar:

—¡La suerte está echada! Su primer deseo y todos los que de ahora en adelante exprese se verán cumplidos... pero, no olvide usted que cuando la piel de zapa haya quedado reducida a un tamaño equivalente al de la palma de la mano, será señal de que su fin está próximo. En esa hora de angustia tenebrosa, eleve usted sus ojos al Justo cuya vida fué una constante negación del egoísmo. Sólo a El le será dado salvarle.

*
*
*

Apenas hubo traspuesto el umbral de la tienda del anticuario, Rafael encontró a Rastignac con otros amigos bullangueros, en un coche, frente a sí.

Al principio, no los reconoció.

—¿Qué queréis, imbéciles?—les dijo, pensando que eran unos enemigos de la abstemia que se chanceaban de él.

—¡No seas majadero, hombre!—gritó uno de aquéllos.

—¡Vamos, Rafael! Si, precisamente, venimos de tu casa a donde hemos ido en busca tuya—le dijo Rastignac.

—¿Habéis ido a mi casa, decís... y os mandaron por mí aquí?

—¡Sí, hombre; pareces tonto! Taillefer, el banquero, da esta noche una espléndida fiesta

en la que habrá mujeres hermosísimas, buena mesa, excelentes vinos....

El anciano, a quien Rafael no pudo menos de mirar, le indicó que se había cumplido su primer deseo.

—Ya ve usted como no le he engañado; pero no pierda de vista que tanto la realización de este deseo como la de todos los que le sucedan, lo acercan al inevitable fin.

Rafael, dispuesto a “vivir”, se unió al grupo de sus amigos, y con ellos fué a la fiesta. En ella había, como así lo expresara él en su deseo, mujeres hermosísimas, alegres cantos, exquisitos vinos... y Taillefer, el anfitrión.

Rafael, admirado, contó a sus amigos lo que le había ocurrido con el anciano anticuario, que parecía un apóstol, terminando así:

—Lo grave del caso es que esta piel está encantada; y, según me aseguró el viejo, la verá disminuir de tamaño cada vez que desee algo.

A un mismo tiempo sus amigos soltaron una carcajada.

—¡Vaya, hombre! ¿También tú crees en cuentos de brujos?

—No hay para menos, os lo aseguro. No estaría con vosotros esta noche si esta piel no hubiera hecho el milagro de que me encontraseis.

—¡Estás chiflado, chico!—aseguró Rastignac—. ¡Haz una prueba, para convencerte de que eso es una paparrucha!

Como por encanto, apareció en la casa el anticuario de lengua barba y dulce mirar.

Rafael tembló al verle.

El anciano no venía solo. El Duque, el tío del poeta, se apoyaba en él.

El dueño de la casa, Taillefer, acudió a recibir a su amigo el Duque, que no podía tenerse en pie.

¿Qué misterio era ese?

El anticuario lo reveló:

—El Duque quedó mal herido por unos ladrones que lo asaltaron cerca de mi tienda; y quiso que lo trajéramos aquí, diciendo que le esperaba usted.

—¡Que venga un médico inmediatamente!—ordenó Taillefer.

Al reconocer a su tío, Rafael pretendió auxiliarse, olvidando sus resentimientos.

Mas el Duque, irguiéndose ante su sobrino, le increpó, fuera de sí:

—¡Malvado! Tú pagaste a esos bandidos para que me matasen, antes de que yo tuviera tiempo de cambiar mi testamento y desherte...

—Veo, tío, que aquella mujer le ha trastornado a usted el juicio y no se da cuenta de lo que dice.

—¡Reniego de ti, miserable; y, a menos que muera esta misma noche, te aseguro que no verás ni un céntimo de mi herencia!

Rafael, cegado por la humillación, volvióse a Rastignac, a quien dijo:

—Hace un momento me invitabas a que probase la verdad de lo asegurado por el anticuario: Vamos a salir de dudas—. Y, dirigiéndose al indignado tío, con la piel de zapa en una mano—: ¡Si usted reniega de mí, yo desprecio su fortuna! ¡No la necesito para ser tan rico como usted; y “deseo serlo”!



—¡Si usted reniega de mí, yo desprecio su fortuna! ¡No la necesito para ser tan rico como usted; y “deseo serlo”!

El anticuario miró con espanto a Rafael.

El Duque lanzó un grito desgarrador, llevóse las manos al corazón, y tras agitadas convulsiones, desplomóse inánime al suelo.

Rafael miró horrorizado el cadáver de su tío, y mientras Rastignac y sus amigos, presas de pavor, reconocían la eficacia de la piel de zapa, el poeta y el anticuario comprobaban que dicha piel se había reducido en todo su perímetro.

Rastignac, que había dibujado el contorno de la piel en un papel, se cercioró indiscutiblemente de su poder fatal.

En París no se hablaba más que de Rafael y de la misteriosa piel de zapa que le había proporcionado todo cuanto podía desear, sin alcanzar a hacerle feliz.

Temeroso de expresar hasta el más leve deseo, porque sabía que con ello acertaba su vida, Rafael vivía recluso en su espléndido palacio; regalo funesto del genio del mal; esclavo obediente de cada deseo que cumplía, acercando la sombra fatal.

Hasta la condesa Fedora, la deseada de todos, llegó el rumor de la opulencia de Rafael,

y fué a visitarle, para reanudar con él sus anteriores relaciones.

El no dejó de sorprenderse, mas fué correcto, pero frío.

—Se ve que la fortuna te ha vuelto olvidadizo, Rafael. Ya que tú no has querido venir a verme, vengo yo a verte a ti.

—Pues tú dirás a lo que has venido.

—Un poquito de indulgencia, Rafael; sé generoso conmigo.

—No tengo para qué serlo.

—¿Es que no sabes perdonar?

—Perdonar, sí...

—Entonces...

—¡Olvidar, nunca!

—¿Y si yo te demostrara que te amo?

—No será a mí sino a mis riquezas... y deseo, deseo que...

No pudo seguir. Un criado le traía una tarjeta de visita. Rafael leyó, con agrado, en ella, lo siguiente:

*Paulina Gaudin
con sus padres*

¿Será posible, Rafael, que nos haya olvidado por completo? Mi padre, al que dimos por muerto, ha regresado inmensamente rico. Ahora sólo me falta ver a usted para sentirme completamente dichosa.

Rafael hubiera besado aquel escrito, mas no lo hizo porque Fedora no era ni digna de presenciar ese beso.

—Váyase usted—le dijo—. Espero la visita de una familia a la que quiero muchísimo.

—¿Pero es posible que me echés de tu casa? Me niego a obedecerte. Yo ya sé por qué me tratas así. Me quieres aún y aparentas lo contrario. ¡No seas malo, Rafael!

—Le hablo en serio... como si no la conociera a usted. Ocúltese, por lo menos. No quiero que la vean a usted aquí.

Fedora no se mostraba propicia a obedecer, pero Rafael la ocultó a la fuerza detrás de un biombo.

A poco, aparecieron Paulina y sus padres.

La joven, divinamente encantadora envuelta en elegantísimo vestido, estrechó, con efusión que emocionó a Rafael, las manos del amado a través de todos los sufrimientos originados por sus celos.

Su antigua patrona, modelo de mujer, presentó su esposo, "resucitado", a Rafael, y los dos hombres saludáronse cordialmente.

Al ir a sentarse sus visitas, Rafael pasó un serio apuro para ocultar el abrigo que Fedora olvidara en un sillón, y lo tiró debajo del asiento con oportunidad.

Desde su escondrijo, la Condesa lo oía todo.

—Nos dijeron que estaba usted enfermo—dijo Paulina, iniciando la conversación.

Y su madre, prosiguió:

—Lo que usted necesita, señor Valentín, es que nosotros lo cuidemos, como en otro tiempo. Ahora vivimos también en una casa es-

pléndida; aunque conservamos la otra, que está tal como usted la dejó.

—¡Mi bohardilla! ¡Cuántas veces me he arrepentido de haber salido de ella!—exclamó, sinceramente apenado, el poeta sin poesía.

—Mi papá me ha comprado un hermoso piano, pero no me gusta... y todas las tardes, a las dos, voy a nuestra antigua casa, a estudiar en el suyo.

—¿De veras, Paulina?

Los pies de Paulina pisaron involuntariamente la capa de Fedora, oculta debajo del sillón que aquélla ocupaba, y Rafael no pudo evitar que la visión de la recogida prenda de vestir fuera fatalmente desagradable a sus visitantes.

Además, por si esa prueba de que había una mujer en la casa—cuando Paulina y su madre creían a Rafael serio, por lo menos en su hogar, y libre de afectos puros—, fuera poco, esta última vió asomarse por debajo del biombo los zapatos blancos de la Condesa.

—¡Vámonos, hija; nosotras estamos molestando aquí!—dijo la digna mujer.

Descubierta, y para martirio de Rafael, Fedora salió de su escondite.

La madre de Paulina, disponiéndose a marcharse con su esposo y su hija, dijo a Fedora, censurando a la vez a Rafael:

—No tenía usted necesidad de retirarse por nosotros, señora; y menos, de ocultarse.

Si siguiera el dictado de su conciencia, Ra-

fael obligaría a la Condesa a postrarse de hinojos ante aquellas admirables personas, mas no se atreve a provocar mayor escándalo.

Con desfachatez inapropiada, la Condesa responde a la madre de Paulina, con retintín:

—¿Qué quiere usted? Ocurrencias de mi prometido a quien vine a visitar al saber que estaba indispuerto.

Paulina ocultó sus lágrimas y con sus padres, a quien Rafael no supo cómo convencer, alejóse de la casa del “ingrato”.

A solas con la Condesa, Rafael la asió, como enloquecido, de una mano, y clamó:

—¡Es el último disgusto que usted me da! ¡Voy a librarme yo, y a librar a todas sus víctimas de sus hechizos diabólicos!

—¡Por favor, Rafael, me das miedo!

—¡Ha llegado la hora de su castigo, Fedora! ¡Yo mismo, a quien hizo usted tanto daño, seré el ejecutor de la justicia! ¡Mi piel de zapa lo puede todo!

—¡Serénate, Rafael! ¡Si yo te quiero!

—¡No, basta de farsa!

Y, acercándose a la vitrina donde guardaba la piel de zapa, Rafael pronunció este anagrama:

—¡Deseo que esta mujer pierda el encanto fatal con que encadena a los hombres; que todos la miren con indiferencia!

Fedora cayó al suelo como herida por un rayo. Temblaba toda. Palpóse el cuerpo y el rostro como si temiese conocer con el tacto la

transformación que había sufrido al conjuro de la maldición de Rafael.

El poeta, como loco, alzó su puño derecho sobre la cabeza de la aventurera, con ansias de destrozarle el cráneo. Se sobrepuso a sí mismo a tiempo de no cometer el crimen, limitándose a arrojar a la mala mujer, ruina de



—¡Mi piel de zapa lo puede todo!

hogares, de su casa, como a un perro hidrófobo.

Poco después, un tanto calmado, levantaba el cristal de la vitrina y contorneaba con tinta la piel de zapa, en el cartón en que descansaba, en la nueva forma que, después del de-

seo cumplido de arruinar los encantos de la Condesa, había tomado.

Los admiradores de Fedora se preguntaban



El poeta, como loco, alzó su puño derecho sobre la cabeza de la aventurera...

aquella misma tarde, en sus propios salones:
—¡Habrà alcanzado a la condesa Fedora la misteriosa influencia de la piel de zapa de su antiguo adorador?

El caso era que todos la abandonaban como si obrasen de común acuerdo.

El mismo vizconde de Champrose se mostró reacio a permanecer a su lado. Como ella lo notara, preguntóle, extrañada, pues el espejo no le había descubierto que ya no era bella:

—¿Cómo es eso, señor Vizconde; tan locuaz y tan adulator otras veces, y hoy tan callado?
—Perdone, señora Condesa. La encuentro



...contorneaba con tinta la piel de zapa en la nueva forma que, después del deseo cumplido de arruinar los encantos de la Condesa, había tomado.

algo desmejorada, y quizá no le convenga la conversación.

Decididamente, Fedora ya no era bella pa-

ra los demás. Su belleza había desaparecido. La luz del brillante que cegaba, se había extinguido para siempre.

Una sola idea constituía la obsesión de Rafael: deshacerse del talismán fatal.

Obra del mismo Satanás, sólo a las llamas había que pedirles que la destruyeran.

E, hiriéndose en una mano, sin importarle el dolor de la sangre al manar de sus heridas, rompió el cristal de la vitrina donde estaba encerrada la piel, y arrojó ésta al fuego.

Viéndola arder, gritó, ensanchándosele el pecho:

—¡Ya soy libre! ¡Por fin podré respirar sin temor!

Un criado recogió una parte de la piel que no fué presa de las llamas.

—¡Infeliz!—clamó Rafael—. ¡Suelta tu propia ruina! ¡Yo pude tenerlo todo... y no tengo nada!

En aquel momento se presentó ante Rafael el padre de Paulina.

En pocas palabras, muy severo, y hasta agresivo, el señor Gaudin le explicó el motivo de su nueva visita:

—Mi hija me suplicó que no diera este paso, pero yo no puedo verla consumirse de pena... ¡Yo he venido exclusivamente a exigir de usted una explicación! Mi hija asegura que jamás podrá amar a otro hombre que usted, porque no olvidará nunca que usted le dió motivo

para esperar que se casara con ella. ¿Qué contesta a ello?

—Señor Gaudin; ni un solo instante he dejado de amar a Paulina; pero, precisamente porque la amo más que a mi propia vida no quiero hacerla partícipe de mi desgracia... ¡Estoy maldito!

—Cuando un hombre da una palabra a una mujer buena como mi hija, deja de serlo si no la cumple. ¡Es usted un miserable!

Rafael soportó la afrenta del insulto acompañado de un guantazo, no como un cobarde, sino como un hombre. El caballeroso padre de Paulina tenía razón. Y ante la razón deben inclinarse los hombres...

*
*
*

Por la noche, Rafael tuvo una horrible pesadilla.

Dejando a una parte la deliciosa aparición de Paulina, que le murmuró: "Tan grande como mi ilusión por compartir su felicidad, Rafael, será mi resignación para ayudarle a sobrellevar su infortunio", Rafael vió llegar ante sí a la Condesa.

—¡Por piedad, Rafael, levántame esa maldición espantosa! ¡Todos me desprecian y huyen de mí!—implorábale.

A lo que le contestó Rafael:

—El primer deseo que exprese me costará la vida, irremisiblemente. Este trozo de piel salvado de la quema es el máximo que protege mi vida. ¿Y es justo que me sacrifique por quien como usted, tanto daño me ha hecho?

—¡Compasión, compasión!—gemía la Condesa.

—El castigo que está usted sufriendo es más que justo.

Fedora regresaba, desesperada por la pérdida de su atracción, por los montes en cuya cima hallara a Rafael, y en camino vió a Paulina.

Las dos rivales cruzaron sus miradas; de odio, la de la Condesa; de conmiseración, la de Paulina.

Fedora, envidiosa, encaróse con la muchacha:

—¿De modo que ha huído usted de su casa para venir a buscar a Rafael?

—¡Sí; porque le amo!

—Su primer deseo lo pagaré con la vida. Ahora veremos si es capaz de sacrificarse por salvarla a usted.

Lucharon las dos rivales. Más fuerte que Paulina, Fedora hizo rodar a ésta por la ladera de la montaña hacia el abismo. Rafael, que vió el accidente, elevó sus ojos al cielo y suplicó:

—¡Dios mío; salva a Paulina, aunque yo muera; ¡es mi último deseo!

Y Paulina se salvó.

El anticuario de lengua y canosa barba apareció también en sueño ante Rafael, a quien dijo, sonriente en aquella ocasión:

—Por primera vez, pensó usted en el bien ajeno, antes que en el suyo propio. La maldición que lo perseguía no estaba en la piel de



Más fuerte que Paulina, Fedora hizo rodar a ésta por la ladera de la montaña hacia el abismo.

zapa, sino en el egoísmo que inspiraba sus pensamientos, y éste ha cesado. Ahora, si quiere hallar la felicidad, búsquela en el verdadero amor.

Rafael siguió el consejo recibido durante el sueño, y recordando que Paulina le dijo que todas las tardes, a las dos, iba a la antigua casa, fué a sorprenderla sentada ante su pia-



Paulina vió al fin realizada su mayor ilusión, y echándole los brazos al cuello a su amado...

no, completamente otro, el mismo de antes: poeta ilusionado.

—Perdóname, Paulina; al fin ha cesado la maldición que me perseguía. Invocando tu felicidad me he salvado yo mismo. No era la

piel de zapa sino mi propio egoísmo lo que me hacía indigno de tu amor. ¿Me perdonas?

Paulina vió al fin realizada su mayor ilusión, y echándole los brazos al cuello a su amado, le dijo, en un beso, como el de aquella tarde en que la lluvia fustigaba los cristales de la buhardilla en un repiqueteo isócrono y seguido, cuánto era su cariño hacia él.

El, estremecido de ventura, colocó en el dedo que intencionadamente le ofrecía Paulina, el anillo de compromiso, bello augurio de la fiesta del amor, y le rumoreó, entre caricias puras y llenas de pasión:

—Lo único que deseo ahora es ser feliz a tu lado.

Y el anciano anticuario, en el misterioso aposento cuyo sitio de honor lo ocupaba un óleo que representaba al Cristo que se sacrificó por los hombres, escribía en su voluminoso libro:

Y esto fué lo que le aconteció al joven marqués Rafael Valentín, décimotercer poseedor de la piel de zapa.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura militar.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2. El Valle Florido, 3 edic.
3. Amor de madre, 3 edic. 4. La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5. La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7. Una mujer, 3 edic. 8. Pesadillas y supersticiones, (extra), 3 edic. 9. Desinterés, 3 edic. 10. El Hábito, 3 edic. 11. Jimmy Sansom, 3 edic. 12. La primera novia, 3 edic. 13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada) 3 edic. 14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15. La Tormenta, 3 edic. 16. Flor de amor, 3 edic. 17. La Pantera Negra, 3 edic. 18. Bato dos banderas, 3 edic. 19. Corazón de lobo, 3 edic. 20. Sueños juveniles, 3 edic. 21. El mundo y la mujer, 3 edic. 22. Corazones humanos 3 edic. 23. El premio gordo, 3 edic. 24. La desconocida, 3 edic. 25. Robín de los bosques (extra), 3 edic. 26. La Verdad Desnuda, 3 edic. 27. El octavo no mentir, 3 edic. 28. Cleo la francesita, 3 edic. 29. La hija del pasado, 3 edic. 30. La chica del taxi, 3 edic. 31. La hija de los traperos, 3 edic. 32. El príncipe escultor, 3 edic. 33. Llovido del cielo, 3 edic. 34. Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36. Sapho, 3 edic. 37. Directo de París, 3 edic. 38. Lo que vale una mujer, 3 edic. 39. El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40. La sombra del padre, 3 edic. 41. Madame Morland (extra) 3 edic. 42. Un juego peligroso 43. De mal agujero 44. Veintitres horas y media de permiso, 3 edic. 45. El delincuente 46. La hija del Arrabal 47. El rancho del oro, 3 edic. 48. El falsario 49. De los confines del silencioso Norte 50. Entre hielos 51. La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic. 52. El precio de la belleza 53. Contra viento y marea, 2 edic. 54. No me olvides, 2 edic. 55. En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56. Sacrificio de amor. 57. Eugenia Grandet, 2 edic. 58. La Bohème (extra) 3 edic. 59. ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de lavida. 61. ¡Estaba escrito! 62. Las dos huérfanas, 4 edic. 63. El pescador de perlas 64. La sin ventura (extra) 3 edic. NÚMERO AL MANAQUIF 65. La pequeña parroquia 66. Frou Frou. 67. La famosa señora de Fair. 68. La apuesta sensacional. 69. El Secreto del Polichinela (extra). 70. La Quinta Avenida. 71. El duodécimo mandamiento. 72. Maruxa. 73. La hija del Nuevo Rico

74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extra). 81, Rosario la Cortijera. 82 La pelícala sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla (extra). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88 Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, La: sentencias del Destino, (extra). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maníquí. 99, A todo trance. 100 ¿Por qué tanta prisa? 101, La Casa en la Selva (extra). 102, La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERA). 103. En busca de la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puñao de rosas. 107, El Milagro (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El Nido de Amor. 110, La venganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha (extra). 113, I Pagliacci. 114, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad. (extra.) 118, Calvario de amor. El Ladrón de Bagdad (ESPECIAL) 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La dama de las Camelias. 121, El Murciélago 122, El sargento O'Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra.) 124, La muñequita de Francia 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127, El capricho de una dama. 128, Cancion de amor (extra). 127, La mariposa que se quemó las alas 130, Pecado de juventud. 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan (extra). 135, Una flor del camino. 136, La Carta. 137, La Caravana del Oregón. 138 La danzarina del Nilo. 139, La mujer más bonita del mundo (extra.) 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermosura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del Deseo. (extra.)

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menicheli. 16, Livio Pavanelli. 17, Nor-

ma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27 Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38: Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingson. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, "Snub" Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial) 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Orborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mari. 117, Mae Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritz Ridgeway. 120, George Hackathorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Billie Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Phillips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswalda. 132, Mahton Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, Léon Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, J. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna Q. Nilsson. 142, Henri Krauss. 143, Lya Mara. 144, Richard Dix.

No deje Vd. de comprar la
preciosa novela

El Milagro de los lobos

12.º libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

128 páginas 31 fotografías

Literatura sana

Precio popular UNA PESETA

Coleccione usted sin vacilar las selec-
tas novelitas de la

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Títulos de los libros publicados

LOS HIJOS DE NADIE
EL TRIUNFO DE LA MUJER
EL PRISIONERO DE ZENDA
EL JOVEN MEDARDUS
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER
UNA MUJER DE PARIS
EL CORSARIO
PARA TODA LA VIDA
CYRANO DE BERGERAC
DE MUJER A MUJER
LA HERMANA BLANCA

Precio de cada libro: UNA PESETA

ACONTECIMIENTO

Muy en breve se pondrá a la venta el 7.º libro de la
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS
de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA titulado:

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

cuyos protagonistas son: JAQUE CATELAIN (el
hombre más guapo del mundo), NATHALIE
KOWANKO y NICOLÁS KOLINE

En esta misma Biblioteca llevamos publicadas las
siguientes preciosas novelitas, sacadas de Obras
de Maestros inmortales, llevadas a la pantalla:

FERRAGUS (Los Trece)
H. de Balzac

EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS
Guy de Maupassant

BAJO LAS GARRAS DEL ORO
H. de Balzac

EL ESCÁNDALO
H. Bataille

LA INHUMANA
por Jaque Catelain

LA BARRACA DE LOS MONSTRUOS
Eric Allatini

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR
por Jaque Catelain, N. Kowanko y N. Koline

Precio de cada libro: UNA PESETA